

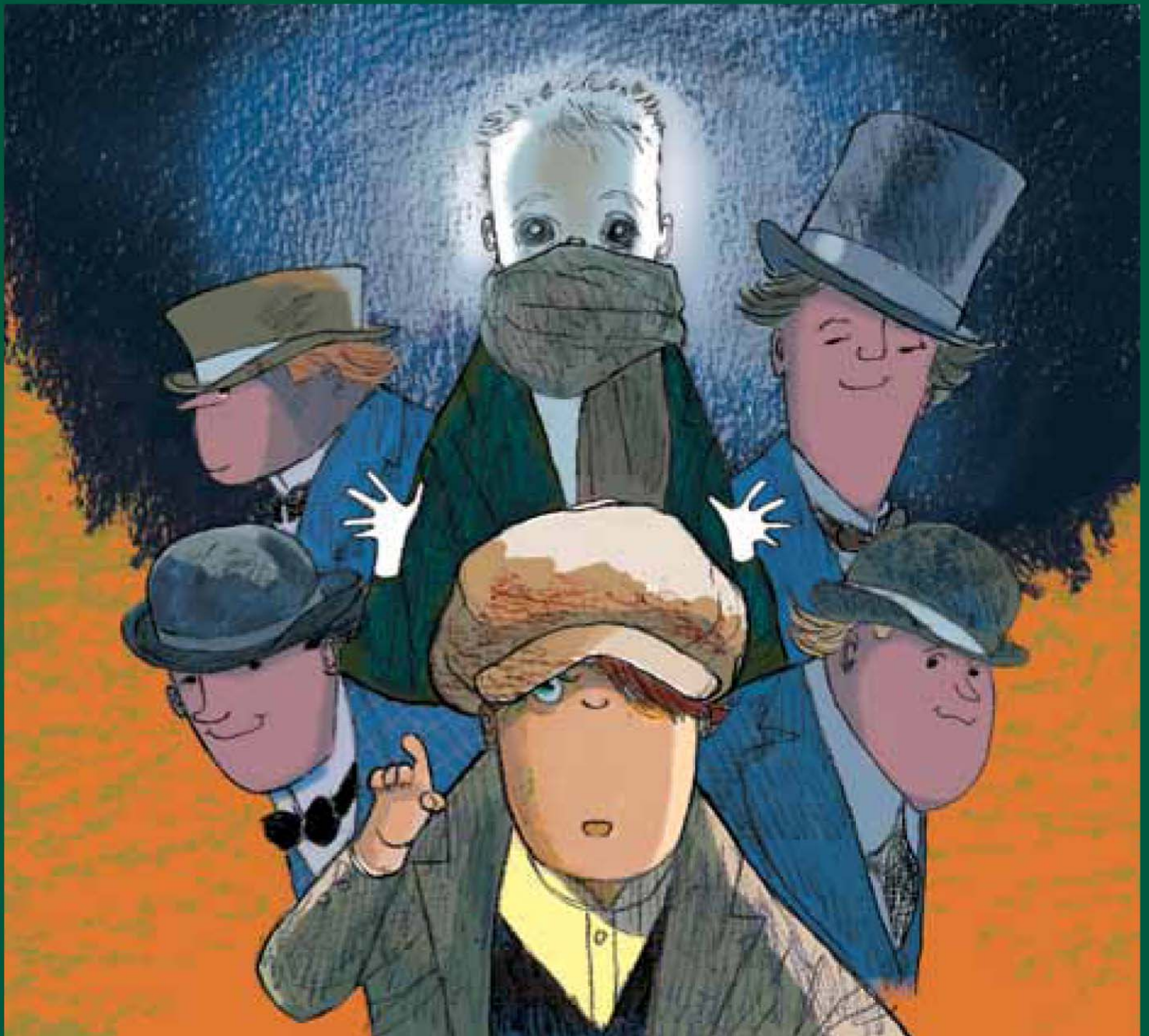


PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
INFANTIL

# El aprendiz de brujo y Los Invisibles

JORDI SIERRA I FABRA

Ilustraciones de Francisco Ruizge



edebé



# El aprendiz de brujo y Los Invisibles

**PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL**

Jordi Sierra i Fabra

# El aprendiz de brujo y Los Invisibles

**PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL**



**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Infantil según el fallo del jurado formado por: Teresa Colomer, Toni Iturbe, Esperanza Nova, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

© Jordi Sierra i Fabra, 2016

© Ed. Cast.: edebé, 2016  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia  
*Diseño gráfico de cubierta:* César Farrés  
*Ilustraciones:* Francisco Ruizge

Primera edición: marzo 2016

ISBN 978-84-683-1776-2  
Depósito Legal: B.  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

## Primera parte: La noche de los muertos vivientes

1. La extraña poción  
del profesor Haggath ..... 8
2. Una bestia en el cementerio  
de Parr-Harway ..... 20
3. La resurrección de  
Meredith Conway... y algo más ..... 31
4. Un muerto anda suelto..... 41

## Segunda parte: El primer día

5. El poder de tres simples gotas ..... 52
6. En el orfanato Monroe ..... 63
7. El muerto viviente de la calle McDougal ..... 75
8. Preparando la nueva escapada ..... 88
9. Un rostro en la pared ..... 99

Tercera parte: El segundo día	
10. En busca de Los Invisibles .....	114
11. El periodista del <i>Daily Today</i> .....	126
12. La gran sorpresa de Los Invisibles .....	138
13. Planes para desenmascarar a un asesino .....	150
Cuarta parte: El último día	
14. La alegre y feliz jornada de Jonas Petigrew .....	160
15. El fantasma .....	172
16. El encuentro de dos viejos enemigos .....	182
17. Frente a frente .....	194
18. Medianoche en el cementerio .....	206
Epílogo: Al día siguiente...	
19. Un futuro perfecto (...o casi) .....	212

Primera parte:  
La noche de los muertos  
vivos

# 1

## La extraña poción del profesor Haggath

**A** veces no sabía cómo conseguía moverse con su silla de ruedas entre tantos cientos, miles de botes, botellas, cajas, recipientes o pebeteros llenos de polvos y líquidos de todos los colores. Y, sin embargo, lo hacía, y lo hacía rápido, con precisión milimétrica. Como precisas eran las medidas que tomaba de cada lugar. Una cucharadita de polvos rojos, dos pizcas de polvos verdes, un vaso de líquido azul, medio de líquido amarillo, el justo y exacto rabo de lagartija, las tres hojas de plantas recién cortadas por la mañana o la hoja de planta seca cuidadosamente guardada, las especias, el ojo de una rata muerta, la plu-



ma de una paloma, un poco de viento capturado al vuelo, unas gotas de lluvia de primavera...

Todo iba a parar a la vasija que se calentaba al fuego y de la cual fluía un humo blanco, casi vivo. Un humo que adoptaba formas en el aire durante un segundo, o dos, y luego... se desvanecía. En la vasija, los ingredientes hervían formando burbujitas.

Era lo único que se oía, porque la silla de ruedas del profesor Haggath era silenciosa.

«Plub, plub, plub».

Mortimer lo observaba todo desde un rincón.

Sin apenas respirar.

Porque el profesor Haggath tenía muy malas pulgas.

Era capaz de convertirle a él en una lagartija, y más tarde quitarle el rabo para utilizarlo en una de sus pócimas.

—Bien, esto ya casi está —se detuvo de pronto el alquimista con un deje de orgullo en la voz.

Los dos, uno de cerca y el otro de lejos, se quedaron mirando la cocción de la extraña mezcla.

Solo faltaba lo último.

Lo más importante.

Que el profesor Haggath pronunciara las palabras mágicas y adecuadas en el momento único y preciso.

«Miau...», maulló *Arquímedes*, el gato y mejor amigo del profesor.

—Cállate, que no es tu cena —se lo reprochó él.

*Arquímedes* hundió la cabeza entre las patas delanteras, cerró los ojos y colocó el extremo de su larga cola frente a ellos, como si, puesto que no era su cena, no quisiera ver nada de lo que estaba haciendo.

Mortimer sabía que *Arquímedes* era malo.

Solo le faltaba hablar.

¿Y si en otro momento de su vida fue un niño o una niña y el profesor Haggath lo había convertido en gato?

¿Era posible?

Bueno, la magia... no, la magia no. El poder alquimista del profesor era muy notable, pero tanto...

Además, *Arquímedes* lo adoraba.

El reloj de la iglesia de St. John's rasgó la noche con sus campanadas, lentas, graves. Mortimer las contó, aunque sabía perfectamente que eran once. Cuando la última se extinguió por el aire, la luz de la luna penetró por la ventana, como una admonición, en el momento en que unas nubes se apartaron para descubrirla.

El chico miró por la ventana.

La luna estaba llena, como tenía que ser para que la pócima funcionara. Llena, perfecta, blanca, igual que un faro iluminando la oscuridad.

Ella le marcaría el camino.

Tendría que correr para llegar antes de la medianoche al cementerio de Parr-Harway.

El humo que salía de la vasija calentada al

fuego formó una calavera en el aire. Una calavera tétrica, de grandes ojos negros. Flotó ingrávida hasta que, poco a poco, su boca de dientes rectos comenzó a subir por los lados.

Mortimer se acurrucó un poco más en su rincón.

Había momentos en que, pese a todo, el miedo le poseía.

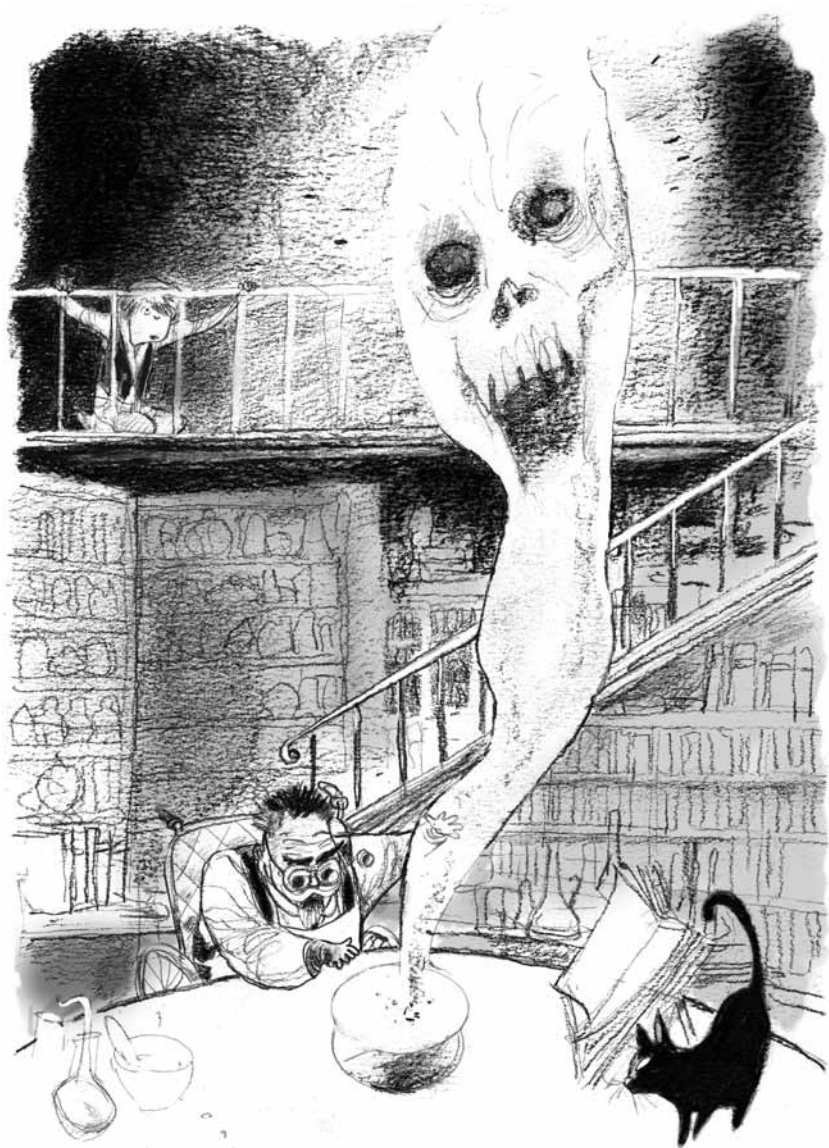
La calavera sonrió.

Entonces el profesor Haggath comenzó el conjuro.

La parte final de todos sus trabajos, porque a él no le gustaba llamarlos hechizos. No era un mago. Como mucho, un brujo. Un brujo con el poder ancestral de todos los dominadores de la energía, los sabios capaces de entender la física y la química de los elementos, mezclándola con la fuerza de las sombras y los ritos heredados de la oscuridad del pasado.

Algo que solo pasaba de padres a hijos, o de maestros a aprendices.

—*¡Aixakalandra munharis guggan ha!*



—levantó las dos manos al cielo sin dejar de mirar a la calavera sonriente—. ¡Que el río de la vida vuelva a fluir en ti! ¡Que la tierra te devuelva su energía! ¡Que las sombras den paso a una nueva luz!

La calavera sonrió más.

El profesor Haggath extendió las dos manos por encima del recipiente.

—*¡Moh ajkadarm suggestered vij!* —gritó.

La calavera se desvaneció lentamente.

La vasija tembló.

El fuego que la calentaba se apagó de repente.

—¡Sea!

Y se hizo el silencio.

Hasta las velas, cuyas llamas habían oscilado nerviosas un momento antes, las mantuvieron ahora muy quietas, llenando con su difusa claridad el laboratorio.

Siempre que acababa la elaboración de una poción, el profesor quedaba exhausto, y esta vez no fue menos. Se dejó caer hacia

atrás en la silla y jadeó como si acabase de hacer una larga carrera sobre sus piernas. *Arquímedes* volvía a tener los ojos abiertos. Mortimer salió de su rincón.

—¿Quiere que lo haga yo, señor? —le preguntó a su amo al ver su agotamiento.

Peter Hawthorn-Thorne Haggath alzó la mano derecha.

—Insensato —jadeó—. ¿No ves que una sola gota derramada, una sola, cambiaría el devenir de los acontecimientos según dónde cayera?

—Solo quería ser de más ayuda —inclinó la cabeza sumiso.

—Ya lo eres —dijo el alquimista—. Para ser un niño no lo haces mal. Y eres listo. Quizás algún día heredes mis conocimientos. Pero mientras...

Mortimer sacó pecho.

Algún día.

De momento solo tenía doce años y apenas llevaba tres con su maestro.

Escogido entre todos los del orfanato Monroe.

Lo dejó hacer. Haggath seleccionó una botella de cristal con un tapón de corcho. Lo sacó y le puso un embudo en el gollete. Luego, protegiéndose ambas manos con guantes de piel, tomó la ardiente vasija con cuidado, y con más cuidado todavía vertió el líquido final en la botella a través del embudo.

Más que un líquido, era una pasta que no se pegaba ni a la vasija ni al embudo, como el mercurio, que parecía líquido pero no mojaba ni dejaba restos. Su color era extraño, gris oscuro con pintitas rojas, verdes, azules, amarillas y naranjas. Hasta la última gota pasó de la vasija a la botella, que quedó prácticamente colmada. Una vez depositada la vasija de nuevo sobre las brasas misteriosamente apagadas, el profesor cerró la botella con el tapón.

—Tu turno —le dijo a Mortimer.  
El chico fue a asirla.



La mano de su amo lo agarró.

—Escucha —hizo que le mirara a los ojos—. Has cumplido muchos encargos, has sido un eficaz recadero y sirviente, nunca has tenido un problema, eres rápido, fiel, y eso te honra. Pero esto —señaló la botella con la otra mano— es diferente. Muy diferente a lo que imagines, o hayas podido ver aquí hasta ahora. Se trata de un encargo especial. En la vida únicamente había hecho uno parecido, hace bastantes años. Es una poción muy muy fuerte, única, difícil, que solo puede funcionar esta noche. La persona que lo ha pedido me pagará mucho dinero por esto —sus ojos se empequeñecieron un poco—. En primer lugar, debes llevárselo antes de las doce. En segundo lugar, debes entregar la botella intacta. No la abras. ¡Que no se derrame ni una gota! ¿Lo has entendido? ¡Ni una! ¡Si una sola de esas gotas cayera en otro lugar, podría desencadenar algún hecho... preocupante, por decirlo de forma suave!,

¿entiendes? Plimton se encarga de cobrar. Tú, llévalo. ¿Recuerdas la dirección?

—Cementerio de Parr-Harway, detrás de la parroquia de la Madeleine, al fondo, junto al muro que da al río. Ellos estarán allí, esperándome.

—Bien —la mano dejó de presionarle el brazo—. ¿Llevas tu zurrón?

—Sí —se lo mostró.

El profesor Haggath atrapó la botella con las dos manos. Debía de contener al menos un litro. Él mismo se la colocó en el fondo acolchado del zurrón, a prueba de tropezones inoportunos y caídas. Mortimer notó su peso.

—Vamos, corre —le ordenó su amo—. Tienes el tiempo justo.

—Sí, señor.

Dio media vuelta. Los primeros pasos.

«¡Miau!», maulló *Arquímedes*, como si le despidiera.

—¡No corras, pero ve rápido! —fue lo último que escuchó de labios del alquimista.